

## BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLIDADOS

**Introducción.** Creo que esta es una de las bienaventuranzas en las que más nos podemos identificar. Porque la experiencia de llorar, de lamentarnos, de sufrir, de que nos duela la vida por dentro, es algo que se nos regala con mucha frecuencia. **“Le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? Responde: Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto.” Jn 20,13.**

Lloraba María Magdalena por el desconcierto de no saber dónde estaba Jesús. Lloramos nosotros por tantas causas y motivos. Normalmente lloramos por orgullo, por el dolor que nos provoca que nuestra imagen se haya visto dañada y puesta en tela juicio. Nos cuesta que el motivo de nuestro dolor sean los otros. Lloramos amargamente como Pedro cuando caemos en la cuenta de que hemos negado a Jesús. Nos duelen más nuestros fracasos, el que no salgan las cosas como queremos, que el dolor causado, o el mal cometido.

**“El Señor se volvió y miró a Pedro; éste recordó lo que le había dicho el Señor: Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces. Salió afuera y lloró amargamente.” Lc 22,61-62.**

Nos salen las lágrimas cuando experimentamos la impotencia, de no llegar a todas las cosas que nos proponemos. Lloramos por las respuestas que recibimos de los otros, cuando pensamos que deberían ser otras. Lloramos por frustración, por rabia, por impotencia, lloramos por el dolor de una pérdida. Pero, ¿cómo las lágrimas pueden convertirse en motivo de dicha? Pues porque evidencian que hay otras formas de acoger lo que hemos vivido. Son un aviso, «*the system has failed*», «*el sistema ha fallado*». En la forma cómo hemos negociado una situación. Las lágrimas algo nos enseñan, de algo nos advierten. Nos limpian la mirada y nos ofrecen la posibilidad de volver a comenzar.

A mí me está pasando con el doctorado, durante más de un año lo he ido llevando bien, con continuas dudas, correcciones, pequeños avances, ratitos de disfrutar. Pero desde enero se me ha convertido en una obsesión. Una forma de afrontarlo que, en vez de darme vida y alegría, se me está convirtiendo en agobio y exigencia. Y lo noto por los frutos que va dejando en mí, que son de profunda amargura y mal humor. Estoy mohíno, callado, triste. El problema no es el doctorado, el problema soy yo y mi forma de afrontarlo. Mis lágrimas de impotencia se convierten en llamada a recomenzar. A plantearme que no es lo fundamental de mi vida. Lo verdaderamente importante es la salvación que Dios me ha regalado. La experiencia de poder vivir reconciliado en medio de tantas personas y situaciones que me acompañan. El consuelo me llega de parte del Dios que consuela y enjuga mis lágrimas.

**Lo que Dios nos dice. “Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. El que estaba sentado en el trono dijo: Mira, renuevo el universo.” Ap 21, 4-5.**

Felices cuando el derramar lágrimas nos haga renovar nuestro universo. Nuestra forma de aprender a vivir de una manera nueva todas las cosas.

**“Cuando María llegó a donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies y le dijo: Si hubieras estado aquí, Señor, mi hermano no habría muerto. Jesús al ver llorar a María y también a los judíos que la acompañaban, se estremeció por dentro y dijo muy conmovido: ¿Dónde lo habéis puesto? Le dicen: Ven, Señor, y lo verás. Jesús se echó a llorar.” Jn 11,32-35.**

Las lágrimas nos recuerdan lo que más amamos. Las lágrimas de Jesús vuelven a ser iluminadoras. Lloró por Lázaro, por Marta y María, sus hermanas. Lloró al ver a Jerusalén cerrada a recibir su amor y su oferta salvadora.

**“Al acercarse y divisar la ciudad, dijo llorando por ella: Si también tú reconocieras hoy lo que conduce a la paz. Pero eso ahora está oculto a tus ojos.” Lc 19,41-42.**

Llorar en muchos casos es abrir el corazón y la vida entera a lo que están viviendo las otras personas y activar el principio de la empatía. De ser capaces de ponerse en el lugar del otro. Ese dinamismo nos ensancha profundamente el corazón y nos va quitándole la mirada de jueces, y nos devuelve la identidad de ser hermanos. Compañeros de un camino en los que se entremezclan sonrisas y lágrimas, pero que se vuelve más necesaria la cercanía, cuanto más dolor vamos acumulando y soportando.

**Cómo podemos vivirlo.** Cuando consuelo recibimos de las personas que nos conocen y que acompañan nuestras vidas por dentro. No sólo las que trabajan a nuestro lado, sino las que nos conocen del todo. Las que son capaces de afrontarnos, de corregirnos, de hacernos crecer. «Quien bien te quiere te hará llorar». Esto no siempre es matemático. Pero es cierto que hay lágrimas que surgen de momentos de corrección, de conflicto, pero que tras un tiempo se convierten en bendición. Ayudémonos a ser consuelo unos a los otros. Cuando todo marcha bien es fácil estar cerca de los demás. Pero cuando la vida nos envuelve en un manto de tristeza es cuando más necesitamos del consuelo y de la compañía de quien a nuestro lado permanece y nos recuerda que el amor, es más fuerte que todas las muertes.